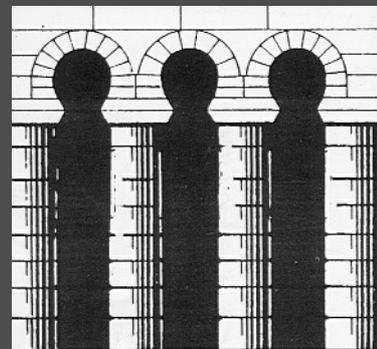


SERRABLO



Mesa Presidencial: Acto de clausura del curso académico 2005-2006 de la Real Academia de Bellas Artes de San Luis de Zaragoza. Fotografía de Wifredo Rincón



Sumario

SERRABLO

AÑO XXXV - Nº 140

Junio 2006

Director

José Garcés Romeo

Secretaria

Pilar Fanlo Aínsa

Diseño y Maquetación

Noemi López Peco

Edita

Amigos de Serrablo

C/Coli Escalona, 44

Apartado, 25

22600 Sabiñánigo (Huesca)

Imprime

Gráficas Sabiñánigo

Dep. Legal HU-260

ISSN 1138-5359

E-M@il

serrablo@serrablo.org

Página Web

www.serrablo.org

Teléfonos

Domicilio Social: 974483093

Museo de Dibujo: 974482981

EDITORIAL

José Garcés Romeo 3

JULIO GAVÍN, NUESTRO PRESIDENTE HA FALLECIDO

José Garcés Romeo 4

ARRIEROS EN SERRABLO: EL OFICIO DE ARRIERO (I)

Juán Miguel Rodríguez Gómez 5

LÓPEZ DE OSÁN: SEÑORES DE BUESA

Alfredo López Lanaspá 12

EL ECO DE LA ESCUELA

Enrique Satué Oliván 18

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

José Garcés Romeo 22

DON JUSTO RAMÓN CASAUS Y CASA ALBEITA DE JAVIERRELATRE

José Garcés Romeo 23

EL MUSEO DE DIBUJO EN EL PALACIO DE SÁSTAGO EN ZARAGOZA

..... 25

ACERCA DE UN FOLLETO:

PirineosAltogállego 26

LA RABOSA Y EL LOBO

Fernando Otal y Santiago Borra 27

DÍA INTERNACIONAL DE LOS MUSEOS:

Conferencia de Fernando Alvira 29

DÍA DE LOS MUSEOS EN EL CASTILLO DE LARRÉS

..... 30

FUNERAL DE JULIO GAVÍN, NUESTRO PRESIDENTE

..... 31



INSTITUTO DE ESTUDIOS
ALTOARAGONESES



AYUNTAMIENTO
DE SABIÑÁNIGO



Editorial

Ya estamos en la época en la que la Asociación desarrolla mayor actividad. La que se centra en el Museo de Dibujo “Castillo de Larrés” tuvo su punto álgido en torno al Día Internacional de los Museos, el dieciocho de mayo, día en el que Fernando Alvira pronunció una interesante conferencia en el Molino Periel de Sabiñánigo y se inauguraban en Larrés las exposiciones del mismo Alvira e Isabel Guerra; dos exposiciones que van a dar plena satisfacción a todos los que tengan la buena idea de acercarse a verlas.

Al día siguiente, este mismo Museo era el marco para que la Academia de Bellas Artes de San Luis de Zaragoza celebrara su última actividad de fin de curso. Que esta Academia escogiera Larrés para esta importante cita es de agradecer. Es un gesto que en “Amigos de Serrablo” valoramos muy positivamente.

En cuanto a las tareas de restauración en las iglesias de la comarca debemos señalar que en estos momentos se están concluyendo los trabajos en la iglesia de Allué, trabajos que le van a devolver su imagen original, al sustituir las cubiertas de teja roja por la losa.

Una actividad a celebrar próximamente es la exposición, durante la segunda quincena de julio y en la Sala Municipal de Arte de Sabiñanigo, de los dibujos que ilustraron el libro sobre la infancia y juventud de don Santiago Ramón y Cajal en el 2002. Una buena manera de recordar, y en plenas fiestas mayores de Sabiñánigo, que hace 100 años recibió nuestro insigne paisano el Premio Nóbel.

No queremos concluir estas líneas sin manifestar nuestra condolencia por el reciente fallecimiento de don Antonio Beltrán Martínez, persona muy ligada a la Asociación y de forma especial con el Museo de Artes Populares de Serrablo y Enrique Satué. Aquí siempre se le recordará con cariño y admiración. Descanse en paz.

JOSÉ GARCÉS ROMEO

JULIO GAVÍN. NUESTRO PRESIDENTE. HA FALLECIDO

La muerte de Julio, el día 12 de junio, no por esperada ha dejado de afectar nuestro ánimo. Así, en estas circunstancias, nos hemos quedado sin fuerzas, casi sin saber cómo reaccionar ante tal desenlace.

Su fallecimiento se produjo un par de días antes de llevar a imprenta esta revista. Por un momento, dudamos en sacar o no a la luz este número de junio para manifestar el duelo de la Asociación, pero enseguida recapacitamos y caímos en la cuenta de que el mejor homenaje para honrar la memoria de Julio no era otro que dejar las cosas transcurrir con normalidad. Como él hubiera querido, sin duda.

Él, desde el primer boletín en 1971, siempre estuvo detrás de estas páginas y lo ha estado hasta esta última revista, pues buena parte de ella ya la había dejado preparada antes de caer enfermo. De tal manera, ¿cómo no íbamos a publicarla?... En septiembre, la próxima revista se la dedicaremos íntegramente a Julio.

En adelante, seguiremos haciendo todo lo que podamos. Cada uno lo que buenamente podamos. Quedan personas detrás. El equipo que deja Julio no va a abandonar, ni mucho menos. Los que estamos fuera, aportaremos lo que nuestra familia y obligaciones lo hagan factible. Los que están en Sabiñánigo, a pie de obra, serán los que deberán mantener el pulso diario, a sabiendas de que ese grupo de personas que residimos fuera los vamos a respaldar y apoyar en todo momento.

Descansa en paz Julio. Y muchísimas gracias por todo lo que nos has enseñado, por todo lo que has dejado en esta tierra serrablesa.

JOSÉ GARCÉS ROMEO

Arrieros en Serrablo: El oficio de arriero (I)

Juan Miguel Rodríguez Gómez
Universidad Complutense de Madrid

Durante muchos siglos, los arrieros fueron fundamentales para la economía altoaragonesa. Sin embargo, hace apenas unas décadas, desaparecieron por completo, en un proceso paralelo al éxodo de tantos pueblos oscenses. Se fueron sin hacer ruido y, tal es así, que resulta francamente difícil encontrar testimonios de los últimos que ejercieron en esta tierra, allá en la primera mitad del siglo XX. Con este artículo se inicia una serie dedicada a los arrieros que anduvieron por Serrablo. En estas páginas, irán apareciendo desde los antiguos *moros* de Naval hasta aquéllos con los que se extinguió este oficio en el Alto Aragón y cuyos nombres aún conservan un sitio en la memoria de muchos de sus habitantes. *Mamón*, *Cardelina*, *Perús*, *Casolas*, *Pedro Jabonero* o *Fabián* volverán a salir con sus caballerías por los antiguos caminos, algunos convertidos en senderos, pistas o incluso carreteras. Otros impracticables o desaparecidos. También los antiguos mesones volverán a abrir sus puertas para la ocasión y sabremos qué fue de los últimos mesoneros. Recorreremos lugares míticos, como *Barranco Fondo*, *Sevil*, *Sescún* o *Cuello Bail*, en los que aún se conserva el viejo aroma de la trashumancia y la arriería. Volverán a nuestra mente imágenes ya perdidas, como aquéllas que tan bien describía *Washington Irving* a mediados del siglo XIX:

“Es asimismo muy pintoresco el tropiezo con una fila de arrieros en un puerto de la montaña. En primer lugar se oyen las campanillas de las mulas de delante, que rompen con su sencilla melodía la paz de las colinas; o quizás, la voz de

un arriero que grita a alguna bestia perezosa o salida de la recua, o canta alguna balada tradicional con toda la fuerza de sus pulmones. Ves, en fin, las mulas en lentos zigzags a lo largo del escarpado desfiladero, o bajando muchas veces tajos profundos hasta que su silueta se perfila sobre el horizont, o subiendo por las simas ásperas y profundas abiertas a sus pies”.

Pero, antes, un poco de paciencia, ya que se antoja necesario realizar una introducción sobre el tema, donde se expondrán las cualidades que eran necesarias para practicar el oficio, las funciones que desempeñaron los arrieros (que, como veremos, van mucho más allá de la mera faceta comercial), y los contextos socio-político-económicos que determinaron su aparición, su auge y su extinción.

1. ¿Qué era un arriero?

El diccionario de la Real Academia define arriero como todo aquél que trajinaba con bestias de carga y nos recuerda que esta palabra deriva de la interjección *jarre!*, que es la voz empleada para hacer andar a los animales. A acarrear géneros de un lugar a otro se ha dedicado desde antiguo mucha gente, especialmente en los terrenos montañosos en los que los vehículos a motor no sólo tardaron tanto tiempo en aparecer sino que, en ocasiones, sólo lo hicieron cuando los pueblos ya estaban deshabitados. Por el Alto Aragón han desfilado buhoneros, quincalleros y muchos otros tipos de vendedores ambulantes. Sin embargo, entre los del gremio, el término **ARRIERO**, con mayúsculas, no se aplicaba a cualquiera sino que denotaba un alto

grado de profesionalización y, en consecuencia, quedaba reservado para aquéllos que reunían una serie de características particulares, entre las que destacan las siguientes:

(1) Se dedicaban exclusivamente a esta actividad, siendo su fuente única o principal de ingresos.

(2) Vendían o trocaban productos de primera necesidad (aceite, vino, vajilla, sal, jabón,...), de los que eran deficitarios los pueblos a los que acudían y, salvo excepciones, no elaboraban los productos que comercializaban

(3) Seguían rutas más o menos fijas que recorrían de forma cíclica. Estas rutas implicaban distancias relativamente largas, por lo que pasaban mucho más tiempo fuera que dentro de sus pueblos.

(4) Entre pueblo y pueblo, siempre se detenían a comer o pernoctar en los mismos mesones. Igualmente, en cada pueblo se alojaban en una casa fija, que sólo cambiaban en caso de que ésta cerrara y sus habitantes migraran a otro lugar. Por este motivo, no es de extrañar que en las casas en las que paraban (y en muchas otras) no se les considerase como meros comerciantes sino como parte de la familia.

(5) El hecho de contar con una clientela fija, a la que veían periódicamente y con la que existía una relación de familiaridad, impedía que tuvieran cualquier tentación de vender productos en mal estado o a precios abusivos, aspecto en el que incidiremos más adelante.

En consecuencia, no se consideraban arrieros a los agricultores o ganaderos que, en ciertas circunstancias (épocas de menor laboreo, ferias, mercados, romerías,...) y siempre de forma ocasional, aprovechan para llevar sus productos (como, por ejemplo, frutas, hortalizas, carbón o zoquetas) a los puntos de venta. Tampoco los que transportaban su trigo o sus aceitunas al molino, los que bajaban leña del monte ni los que arrimaban madera, losa o piedras a una obra.

2. ¿De dónde procedían los arrieros que iban a Serrablo?

En el prepirineo oscense, existen una serie de

pueblos que servían de frontera a dos mundos tan distintos como complementarios: El Alto Aragón y el Somontano. Ninguno se podía permitir el lujo de vivir a espaldas del otro ya que ciertos productos básicos sobraban en una parte mientras faltaban en la otra y viceversa. Por ello, no es de extrañar que la zona “fronteriza” se convirtiera en un excelente caldo de cultivo para el desarrollo de una actividad arriera febril.

En este aspecto, Naval brilló con luz propia, posiblemente gracias a sus propias limitaciones para el desarrollo agrario y ganadero. Madoz (1845), en su célebre Diccionario, comenta que *“el terreno, aunque de reducida extensión, pues solamente produce para la cuarta parte de los moradores, es de buena calidad y bastante feraz, todo reducido, puede decirse á cultivo sin que haya más monte que el escasamente necesario para la manutención y pasto del ganado abastecedor de carnes al público y algunas cabras para leche (...). La cría de ganado es insignificante, á causa de lo reducido de su término para poder pastar”*. En justa compensación, la industria (a través de diversos oficios) y el comercio siempre fueron sectores particularmente activos en Naval, tal y como describe nuevamente Madoz: *“además de la agricultura hay diferentes fábricas de bajilla de fuego de muy buena calidad (...); existen muchos alpargaderos, una fábrica de jabón, tres ó cuatro de aguardientes (...), un molino harinero, varios herreros, tejedores, sastres, zapateros, carpinteros y arrieros, siendo estos los que más hacen brillar este ramo”*.

La naturaleza no fue ajena a este desarrollo de los sectores secundario y terciario pues dotó a Naval de tres grandes privilegios que fueron sabiamente explotados: (1) arcilla de primera calidad sobre la que se cimentó una importantísima actividad alfarera, orientada hacia la ollería, también conocida como cerámica de “fuego”; (2) las salinas, *“indisputablemente de las mejores que se conocen en España”* (Madoz); y (3) un emplazamiento estratégico para servir de conexión a la montaña y al llano, lo que convirtió a la villa en un centro arriero de primera magnitud. Durante varios siglos, los arrieros navaleses constituyeron una auténtica flota que llegaba hasta el último rincón del

Pirineo aragonés, además de a algunas zonas del navarro, del leridano y del francés. Surcaron incansablemente todos los caminos imaginables y este continuado ir y venir se conserva aún en la memoria de los altoaragoneses más mayores. Y no es de extrañar porque fueron los máximos responsables de *“la extracción de la bajilla á todos los pueblos de la izquierda del Ebro hasta el Pirineo, como también de jabón, vino, aguardiente y otros, y la importación de cáñamo para la fábrica de alpagatas”* (Madoz, 1845). ¿Dejaremos que caigan en el más completo de los olvidos en la siguiente generación?

Alquézar también fue importante centro arriero aunque siempre a la sombra de Naval. Así, entre su industria destacaban *“varios telares de lienzos ordinarios, la arriería y el hilado de lana y estambre á que se dedican gran número de mujeres, dos molinos harineros y tres de aceite”* mientras que el comercio se circunscribía *“al cambio de los artículos sobrantes por otros que faltan para el consumo”* (Madoz, 1845). Desde luego, en esa última frase se encierra todo el espíritu de la actividad arriera. Otros pueblos cercanos (Colungo, Adahuesca, Buera...) también solieron contar con algún que otro vecino dedicado a la arriería aunque, en cualquier caso, su impacto sobre el intercambio de productos fue considerablemente menor.

3. Cualidades de un arriero

La arriería era una actividad en la que se mezclaban toda una serie de motivaciones: la necesidad económica, la aventura y el riesgo, la tradición, la habilidad, la picardía, la inteligencia, el valor... Efectivamente, del éxito de un viaje dependía parte del sustento de la familia durante un periodo de tiempo, pues el arriero compraba en el Somontano una serie de productos para cambiar o vender en el Alto Aragón.

Durante el viaje llevaba todo el dinero que había podido obtener con las ventas y, por otra parte, sus caballerías representaban una parte importante de su patrimonio. El viaje era largo, muchas veces de noche, bajo una climatología adversa y con los animales bien cargados. Un accidente, un mal negocio, un robo, la posibilidad de ser asaltados por bandidos o maquis o detenidos por la Guardia Civil..., cualquier imprevisto podía tener un fuerte impacto en la economía del arriero y su familia.

Los arrieros ejercían un oficio ciertamente peculiar. No era todo montarse en un animal y para adelante. Tenían que mamar el oficio desde chicos, aprender rápidamente a tratar y aparejar

a los animales, a sujetar y proteger las mercancías que portaban, a negociar con los proveedores y a ganarse a los clientes, a conocer los precios y sus fluctuaciones. No se podían quedar desabastecidos ni adquirir más género del que pudieran

vender. Además, no les quedaba más remedio que aprender a lidiar con la casi imprevisible climatología del Alto Aragón, tan propensa a cambios bruscos. La exposición a condiciones que iban desde un sol de justicia a nevadas *“de las de entonces”*, pasando por lluvia, niebla, tormentas o ventiscas, formaba parte de lo que hoy se conocería como su “ambiente laboral” normal.

Entre los arrieros del Alto Aragón, las disputas, desencuentros y piques comerciales debieron ser excepcionales, incluso entre aquellos cuyas rutas se solapaban parcial o totalmente; de hecho, hasta la fecha, no he encontrado ningún documento o testimonio que indique lo contrario. Bien al contrario, entre ellos existía una relación muy cordial, que no sólo se limitaba a las partidas de cartas que compartían cuando coincidían en un mismo pueblo sino que, en ocasiones, se traducían en actos casi heroicos de



Transporte de vino en Aragón

solidaridad, y algún que otro ejemplo ilustrativo irá apareciendo en futuros capítulos. Una de las principales razones que explican esta ausencia de conflictividad era, sin duda, la proverbial discreción de los arrieros, que solían atenerse al refrán de *“no preguntes al arriero si pierde o gana, sino si vuelve y carga”*. Por otra parte, era importante no hablar nunca mal de nadie ya que, aunque no lo parezca, los arrieros sabían que en el camino hasta los bojes tenían oídos.

Aunque todos estos aspectos tenían una importancia innegable, hemos dejado los dos más destacados para el final: autoestima y penetración con las caballerías. En efecto, los arrieros necesitaban una moral a prueba de bombas, confianza en sus posibilidades y, ante todo, sentirse a gusto consigo mismos. Esta última cualidad era muy importante y queda perfectamente descrita en uno de los escasísimos estudios dedicados a la arriería, cuando un padre le da a su hijo el siguiente consejo: *“Muchos son los ratos que vas a pasar sólo en este oficio. Aprende a ser tu mejor compañero y a recibir apaciblemente los sufrimientos que te tenga asignada la vida”* (García, 2002). Además, le dio la receta para conseguirlo: ¡el tarareo!

Finalmente, tenían que conocer perfectamente a sus caballerías, sus hábitos y defectos,

sus posibilidades y necesidades. El arriero se sentía orgulloso de poseer buenas caballerías *“bien vestidas, bien calzadas, limpias y cuidadas”*. Los animales constituían su seguridad, su orgullo y todo un símbolo de su identidad. Por su parte, las caballerías han salvado la vida de muchos arrieros ya que daban aviso de prácticamente cualquier peligro. *“Cuando las nieblas, por ejemplo, era muy fácil estrellarse los sesos, pero quien se confiaba a ellas iba seguro, porque parecía que iban hasta olisqueando el camino”*. Así, cuando el arriero iba por esas montañas *“y se liaba a llover o nevar, allí no había otra cosa que poner en su inteligencia la vida de uno, porque en ello te iba el salvarse o fenecer. ¡Esa era la arriería, sí señores!”* (García, 2002).

4. El atuendo del arriero

A los arrieros se les conocía de lejos, no sólo por su estampa típica, con las caballerías y las mercancías, sino también por su vestimenta. En algunas zonas de gran actividad arriera, como La Maragatería (León) era particularmente llamativa e incluso fue precedente de la del gaucho argentino; sin embargo, en el Alto Aragón era mucho más discreta. La parte “oculta” solía consistir en unos calzoncillos blancos, hasta los tobillos y fabricados de un lienzo muy fuerte, y



Carro de los arrieros

una camiseta cerrada al cuello con botones, de mayor o menor grosor, dependiendo de la climatología. Encima, e independientemente de la estación del año, llevaban unos pantalones de pana fuerte, muy resistente, idónea para la carga y descarga, y un chaleco con un bolsillo grande con cierre para guardar la cartera con el dinero y los documentos que se pudieran necesitar en caso de que les parara la autoridad. Otro elemento característico era la faja, consistente en un trozo de tela de unos veinticinco centímetros de anchura y dos metros de largo, que se liaba bien apretada y con la que se protegían el vientre y los riñones del frío y de los esfuerzos. Cuando hacía frío, se abrigan con una chaqueta de pana y si hacía viento, llovía o nevaba hacían uso del capote. La cabeza se cubría con una boina, elemento que formaba parte de la fisonomía facial del arriero hasta el punto que varias esposas e hijas de arrieros me han comentado que prácticamente no reconocían a su esposo/padre sin ese elemento. En algunas circunstancias, se rodeaban el cuello con un pañuelo. Un complemento inseparable eran las alforjas, en las que la esposa ponía pan, longaniza, chullas,...y el vino. Como dice uno de los últimos arrieros de Naval, “*más vale vino caliente que agua fría*” para esto de andar por los caminos.

5. Las caballerías

Las llamadas bestias de carga constituyeron uno de los pilares fundamentales de la vida cotidiana hasta la generalización del ferrocarril y los vehículos a motor. No sólo resultaban indispensables en multitud de faenas agrícolas sino también a la hora de acarrear cargas y personas. La energía proporcionada por los animales, única disponible y de eficacia probada dadas las limitaciones técnicas y las dificultades orográficas, resultó vital para el transporte de alimentos hasta bien avanzado el siglo XX. En muchos lugares del Alto Aragón, el acceso en caballería siguió siendo el único factible hasta hace unos años. De hecho, en pleno siglo XXI los antiguos vecinos de Otal no pueden transportar materiales para evitar que se caigan las últimas casas a no ser que recurran al helicóptero, medio con muchas limitaciones, empezando por las económicas. Pero volvamos a los animales...

En general, los équidos fueron los elegidos para la misión debido a su resistencia y velocidad. En este último sentido superaron ampliamente a su único competidor: los bueyes. La carreta (o yunta) de bueyes necesitaba caminos practicables (¡todo un lujo!) y aún así pocas veces avanzaba más de dos o tres leguas diarias mientras que las caballerías recorrían hasta ocho portando sobre sus lomos las mercancías. Aunque en ocasiones se emplearon caballos para este menester, los grandes protagonistas fueron mulos (habitualmente llamados *machos*) y burros, particularmente en las zonas montañosas. Estos animales eran muy apreciados para el transporte, pues eran más resistentes y resultaban más seguros en los terrenos abruptos que el caballo, un animal con un mantenimiento más costoso y cuyo rendimiento dejaba mucho que desear en estas zonas. Fijémonos, como ejemplo, en la opinión cualificada de Madoz (1845): “*Nuevamente se ha creado un resguardo especial de la sal, compuesto de 40 infantes y 7 caballos, á las órdenes de un titulado comandante, que residen en Naval, como punto céntrico a los salobrerros de la provincia; á pesar de esto, pudiera la nación ahorrarse el gasto de los caballos, los cuales son inútiles completamente, en un pais tan quebrado y desigual.*”

Sorprendentemente, algunos Reyes llegaron a dictar Pragmáticas y Provisiones en contra del empleo y/o cría de mulas. Sirva de ejemplo, la Pragmática dada en Granada el 30 de septiembre de 1499 “... *para que nadie cabalgue en mula ensillada fuera de clérigos, frailes y mujeres, a fin de fomentar la cría y uso de los caballos*” o la Provisión dada cuatro días después en la misma ciudad para que “*no se echen asnos a las yeguas*” (Clemencín, 1821). Y es que, a pesar de la indudable importancia que tuvieron, los machos no estuvieron bien vistos por algunos sectores de la sociedad, llegándose a afirmar que eran la vergüenza y el “*camello de España*” (Madrado, 1984). Estas reticencias provocaron que algunas zonas de España fueran reacias a la utilización de mulas pero, afortunadamente, Aragón escapó en gran medida a esta apreciación tan injusta como poco práctica. De hecho, poco a poco la normativa “anti-mula” fue pasando al baúl de los recuerdos en toda España, rendida ante la evidencia de las prestaciones que

ofrecían estos animales para el transporte de mercancías. Así, se estima que en el siglo XVI el censo de ganado mular ya alcanzaba el millón de cabezas (Herrera, 1598). Es más, con el paso del tiempo los machos elevarían su cotización económica incluso por encima de la de los caballos, particularmente durante el siglo XIX (Cubillo de la Puente, 1998). Curiosamente, los viajeros extranjeros que recorrieron España en el citado siglo parecían compartir la vieja visión “negativa” sobre este animal. Veamos, sino, lo que opinaba Ford (1845) al respecto:

“La mula representa en España el mismo papel que el camello en Oriente y tiene su moral (junto a su acomodación al país) algo de común con el carácter de sus dueños: es voluntariosa y terca como ellos, tienen la misma resignación para la carga y sufre con el mismo estoicismo el trabajo, la fatiga y las privaciones. La mula se ha usado mucho en España y la demanda de ellas es grande.”

Atendiendo a su capacidad de carga, el macho se incluía en la categoría de las “caballerías mayores” (junto con el caballo) mientras que el asno formaba parte de la de “caballería menor”. La carga media capaz de ser trasladada por una caballería mayor era de entre 80 y 140 kg (6-11 arrobas aragonesas) mientras que los burros portaban cargas que, dependiendo de la calidad del animal, oscilaba entre 45 y 90 kg. A pesar de la mayor rapidez y rendimiento de los machos con respecto a los burros, algunos arrieros preferían los burros a los mulos, porque los primeros costaban menos de la tercera parte de un macho y porque, si salían buenos, meneaban casi los mismos quintales que aquéllos. Incluso en algunas ocasiones se formaban recuas mixtas de machos y burros.

Las carretas podían transportar entre 400 y 460 kg (32-37 arrobas aragonesas) pero tenían

dos grandes inconvenientes con respecto a las caballerías: tenían menor velocidad y, lo que es más importante, no eran aptas para todo tipo de terrenos. La secular precariedad de España en todo lo referente a vías de comunicación, especialmente en zonas montañosas, representaba una barrera infranqueable para carros, carretas y otros vehículos de ruedas con tracción animal. Ni siquiera los caminos más transitados eran objeto de unos mínimos cuidados, por más necesarios que pudieran parecer. Resulta ilustrativa la siguiente reflexión de Madoz (1845), refiriéndose al término de Naval: *“Antes de confluir los mencionados arroyos, hay sobre el uno un mal puente de madera para dar paso á la carretera, que desde Barbastro conduce á todo el Pirineo N. y N.E. de la provincia; muy útil seria el que en este camino tan concurrido, se proporcionase á los transeúntes la seguridad y paso de los afluentes, que es tan indispensable.”* En consecuencia, no es de extrañar que todos los documentos y testimonios indiquen que el uso del carro fue marginal para el transporte de mercancías en el Alto Aragón. De hecho, sólo se beneficiaron de esta modalidad los últimos arrieros de Naval, ya en pleno siglo XX, cuando diversas circunstancias (como las grandes obras hidráulicas del sistema del Cinca) propiciaron la construcción y/o mejora de carreteras entre Barbastro y diversas zonas pirenaicas. La coincidencia temporal de carreteras y ferrocarril permitió que estos arrieros transportaran mayores cargas hasta ciertos pueblos que les servían de base (por ejemplo, Fiscal, Sabiñánigo u Orós Alto). Desde ahí, las mercancías siguieron llegando a lomos de los animales a aquellos pueblos que, como todos los de Sobrepuerto, fueron infranqueables para los vehículos de cualquier tipo hasta que se deshabitaron.

6. Referencias

Clemencín, D. Influencia del gobierno de la reina Dña. Isabel en la prosperidad nacional de su tiempo y de los siguientes. En: *Memorias de la Real Academia de Historia*. Tomo VI. Imprenta de I. Sancha, Madrid, 1821.

Cubillo de la Puente, R. El pescado en la alimentación de Castilla y León durante los siglos XVIII y XIX. Universidad de León, León, 1998.

Ford, R. Manual para viajeros por España y lectores en casa, 1845.

García, I. Arrieros en la Serranía de Ronda, Alpujarra y Campo de Gibraltar. Historias de posadas, caminos, ferias y contrabando. Guadiaro, Granada, 2002.

Herrera, G.A. Libro de agricultura, 1598.

Madoz, P. Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de Ultramar. Madrid, 1845.

Madrazo, S. El sistema de transportes en España (1750-1850). BIDEA, 90-91. Oviedo, 1984.

PRESENTACIÓN DE *AQUEL PIRINEO* EN SABIÑÁNIGO

Este libro de Enrique Satué ya había sido presentado anteriormente en Zaragoza (sala de conferencias de FNAC). En abril fue presentado en el Molino Periel de Sabiñánigo, una presentación extraordinariamente emotiva y a la que acudió muchísimo público. Enrique, con una selección de diapositivas muy significativas, fue desarrollando una conferencia clara, amena, cargada de realismo y emociones, y todo ello engarzado en torno al Museo de Artes de Populares de Serrablo. Una conferencia que sirvió para poner muchas cosas en su sitio en unos tiempos en que parece que se nos olvidan con rapidez muchas cosas. Entre los presentes estaba Julio Gavín al que Enrique dedicó los mayores agradecimientos. Y es que con “Aquel Pirineo” (con aquel Serrablo) Julio tiene mucho que ver, muchísimo.

López de Osán: Señores de Buesa

Alfredo López Lanaspá

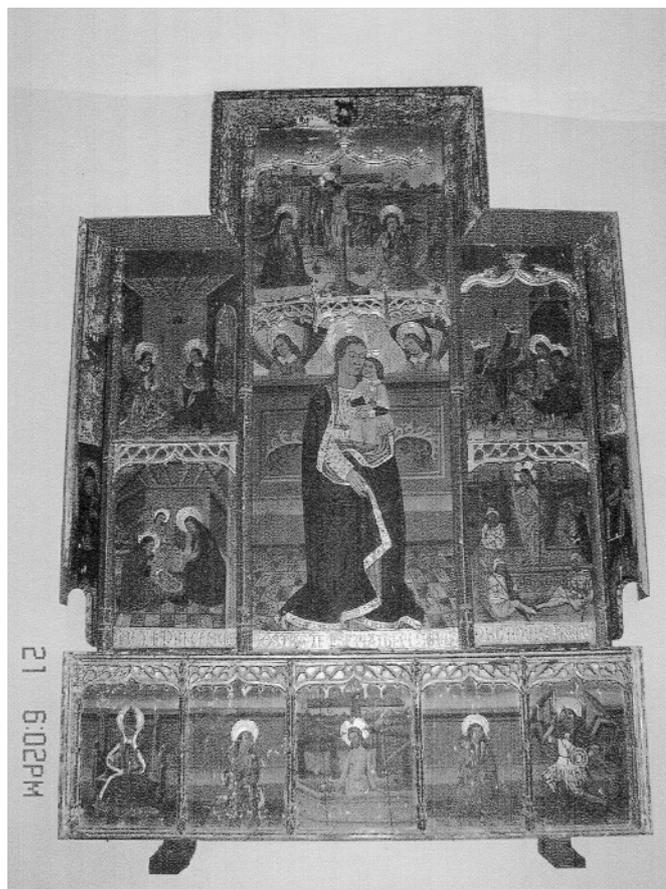
Osán, es uno de nuestros pueblos serrableses conocidos principalmente por su proximidad a la ciudad de Sabiñánigo, situado en la margen derecha del río Basa, lindando con San Roman e Isún por el norte, por el este y sur con Allué y oeste con Sandiás. Se encuentra enclavado a una altitud de 870 m., su núcleo se dispone en derredor de una plaza en la que podemos contemplar varias edificaciones, siendo dos de ellas las más destacadas, la torre aspillada de los Villacampa, linaje de gran renombre en Serrablo y también el casal solariego de los López de Osán, del que podemos observar su exquisito alerado conteniendo éste unas antiquísimas y hermosas pinturas y ofreciendo su conjunto un edificio de gran empaque pudiendo asegurar que su interior es un fiel ejemplo de casal infanzón, capaz de trasladar a tiempos pretéritos a todo amante de la historia de nuestras gentes y territorios que dejaron tan gran impronta en nuestro Aragón. En primer lugar deseo agradecer la estupenda atención y disposición de su propietario don Francisco Capablo, para el estudio de su archivo y referencias sobre la historia de sus antepasados los López de Osán. Siguiendo con la descripción de Osán encontramos, dentro del entorno urbano y algo desplazada del resto de edificaciones, la iglesia parroquial de Osán del siglo XV, con posteriores reformas. Presentando nave con ábside rectangular, cubierta con bóveda de medio cañón apuntado con capillas laterales, siendo una de ellas la de los López de la que nos ocuparemos más adelante, la puerta



Casal de los López de Osán y torre de los Villacampa. Fotografía de Alfredo López

de ingreso sobre la que encontramos la torre campanario, posee vano ajimezado con arcos conopiales gemelos, encontrándose esta parroquial bajo la advocación de San Pedro.

El reconocimiento de infanzonía de los López de Osán, sería ratificado en el año 1781 por el notario Miguel Royo domiciliado en el lugar de Panticosa, exponiendo que ante el señor Pedro de Bergua vecino de San Julián y alcalde de la varonía de Osán, junto a Andrés Villacampa en sustitución de su hermano Pedro Miguel Villacampa, sindico procurador general de Osán y otros vecinos del mismo lugar. Compareció Don Joseph López y Bergua, vecino y regidor de Osán, requiriendo la notoriedad desde tiempos inmemoriales, de la infanzonía de los López de Osán, que fueron señores de Buesa e infanzones de sangre y naturaleza, con casal y palacio en el lugar de Osán, reconociendo que los ascendientes de Joseph López Bergua, habían estado reputados como infanzones de sangre y naturaleza, poseedores en sus tiempos respectivos del casal familiar de los López, ostentando el escudo de armas, el cual se hallaba en la capilla de Nuestra Señora del Rosario y gravadas sus armas en el propio altar, entrando a la derecha en la parroquial de Osán, consistente en un campo azulado que contiene dos lobos andantes, todavía podemos obsequiarnos contemplando el retablo de los López con sus armas efectivamente, en campo de azur con los dos lobos pasantes en plata dispuestos en palo en el interior, conservado en la iglesia. Todo lo anteriormente reseñado sería aprobado por los presentes tras las pruebas de nobleza presentadas y testificado por Ramón Blasco de Osán y Andrés González de San Roman, levantando acta de todo ello el citado notario Miguel Royo según fuero del Reino de Aragón, esta escritura va enumerando los distintos miembros ascendientes en línea recta, a los que añadiremos los más antiguos investigados en la documentación del archivo de don Francisco Capablo, también los descendientes de Joseph López hasta la actualidad investigados en varios archivos laicos y religiosos, así mismo podemos destacar la escritura de derechos de sepultura que poseían los López en la parroquial de Osán, renovada por Joseph López Bergua, en el año de 1776 ante don Joseph de Asso, canónigo de la Santa Catedral de Jaca, visitador del mismo obispado por el ilustre cabildo en Sede episcopal vacante por el traslado del Obispo de Jaca, don Pascual López Estaun al Obispado de Huesca, indicando que la citada sepultura comprendía el continente de la capilla de Nuestra Señora del Rosario, y desde esta hasta la escalera del coro, y desde la puerta de la iglesia hasta el arco que divide la nave mayor de dicha capilla, en cuyo retablo se ven las armas de los López por triplicado, al remate y los lados de este, habiendo sido sepultados en la citada capilla los ascendientes de Joseph López, aceptando las pretensiones de ofertorio, paz y procesiones por encontrarse todo ello contenido en las antiguas y deterioradas escrituras de derecho de sepulturas que estaban en poder de Pedro Juan Bergua canónigo de la iglesia de Jaca y vicario general de dicho obispado, decir que no resultó denegado el citado derecho por el mandato real de 1787, enviado por orden de su majestad el rey a todas las veredas por la epidemia iniciada en la villa de pasajes la cual no afectó para poder enterrar a los

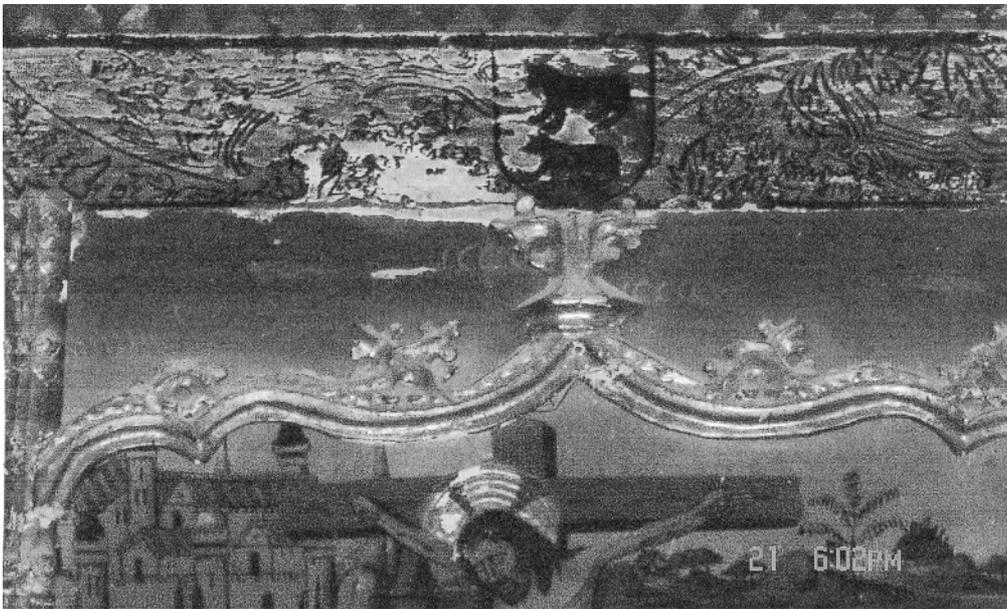


**Retablo de los López en la Iglesia de San Pedro de Osán.
Fotografía de Alfredo López**

Joseph López hasta la actualidad investigados en varios archivos laicos y religiosos, así mismo podemos destacar la escritura de derechos de sepultura que poseían los López en la parroquial de Osán, renovada por Joseph López Bergua, en el año de 1776 ante don Joseph de Asso, canónigo de la Santa Catedral de Jaca, visitador del mismo obispado por el ilustre cabildo en Sede episcopal vacante por el traslado del Obispo de Jaca, don Pascual López Estaun al Obispado de Huesca, indicando que la citada sepultura comprendía el continente de la capilla de Nuestra Señora del Rosario, y desde esta hasta la escalera del coro, y desde la puerta de la iglesia hasta el arco que divide la nave mayor de dicha capilla, en cuyo retablo se ven las armas de los López por triplicado, al remate y los lados de este, habiendo sido sepultados en la citada capilla los ascendientes de Joseph López, aceptando las pretensiones de ofertorio, paz y procesiones por encontrarse todo ello contenido en las antiguas y deterioradas escrituras de derecho de sepulturas que estaban en poder de Pedro Juan Bergua canónigo de la iglesia de Jaca y vicario general de dicho obispado, decir que no resultó denegado el citado derecho por el mandato real de 1787, enviado por orden de su majestad el rey a todas las veredas por la epidemia iniciada en la villa de pasajes la cual no afectó para poder enterrar a los

infanzones en el interior de las iglesias.

En cuanto a los protocolos conservados, algunos de difícil consulta por el deterioro infligido en el discurrir de los años, los describiré incluyendo algunas notas junto a los distintos miembros del señorío de los López de Osán. El primer documento y el más antiguo de ellos, pertenecen al año de 1243, nos describe las heredades de Pedro de Muro que lindaban con fincas del hospital de San Juan Ermitaño, un palacio y varios campos, viñas y padules, en el protocolo aparecen: Pedro de Muro, Josef López, Domingo y Sancho de Novalla, García y Taresa Avenyella, Miguel Sarasa, Stephan de Monbaldran, Gil de Osán de Mediavilla, Pedro López y Gil de Selvazano, en el pie del documento aparecen Domingo Beschos como Justicia de Basa y Sancho de Allue como notario, estando rubricado por Fray Pedro López, Abad de Santa María de Gloria. Sabemos que este Abad es el mismo que regía los destinos del monasterio de Santa María de Gloria, fundado el año anterior en la población de Ara en memoria de los vizcondes de Bearn, por Augerio de Olorón, esposo de Ferrera contando dicha fundación con la aprobación del Obispo Vidal de Canellas, los monjes vinieron de la abadía de Santa María de la Oliva situada en tierras navarras y posteriormente crearon un priora-

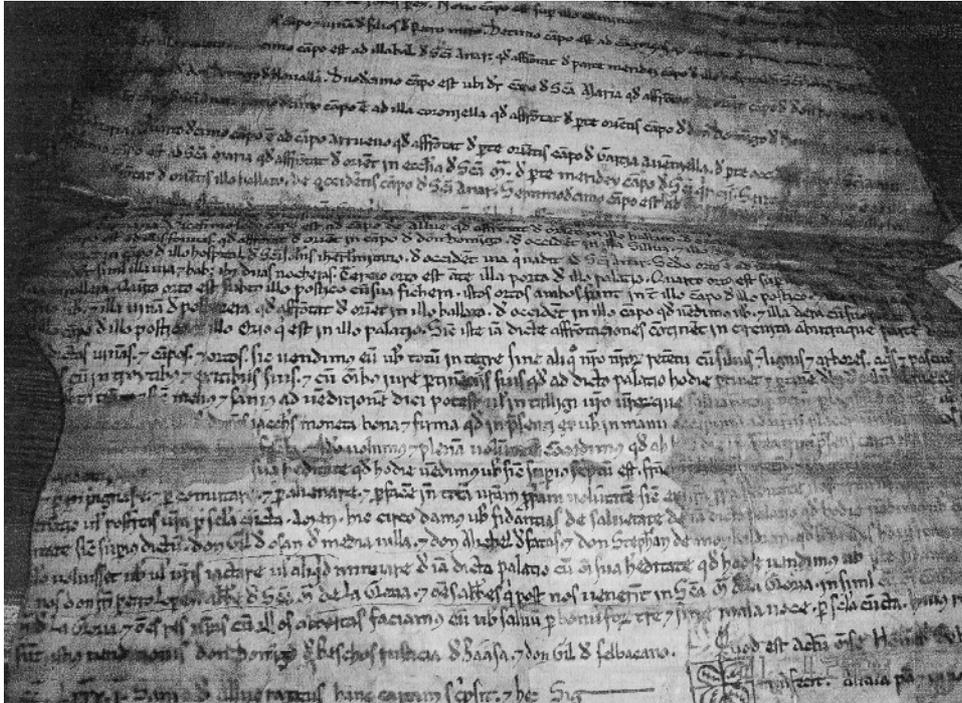


Detalle del Escudo de Armas de los López de Osán en su retablo. Fotografía de Alfredo López

to en Santa María de la Peña de Aniés, cedido este santuario por el obispo de Huesca y poniendo al frente al abad Pedro López. El segundo documento nos habla del compromiso adquirido por García Gil de Osán en el año 1248 apareciendo: Ximeno de San Roman, Domingo de Blasco de San Roman, García de Essun, García Baylo de Osán, Fortuño Ena de Osán y Sancho Peña de San Roman. En el año 1358, mediante carta pública Joan de Canyardo y su hermano, ambos vecinos de Fanlo en calidad de herederos de Joana de Canyardo, venden a Fortunyo López de Villacampa, la villa de Buesa por 350 sueldos jaqueses, se nombra también a Exemen Sánchez de Villacampa junto a Lop y Miguel Villacampa, como notario encontramos a Pedro Ximenez de Sardas notario de las juntas de Basa y Serrablo, esta villa de Buesa es la actual pardina de Buesa perteneciente a los López de Osán y en este protocolo se nombran también Arasilla junto a otros términos y castillos en Sarraulo. En fecha de 1360 se llevaría a cabo un documento de empeño y vendición a carta de gracia de un palacio y varios campos en Osán pertenecientes a Jayme de San Román, en favor de los López de Osán, por 400 sueldos jaqueses, aparecen Miguel y Sancho López de Osán, compareciendo también, Jordán de Yebra, Sancho Cañardo y Pedro Ximenez, ante el notario de Serrablo, Sancho Pardo. En este último protocolo encontramos a Sancho López de Osán, quien estaba casado con Sancha Villacampa, quienes en el año 1385 mediante carta publica, vendieron unas casas y viñas de sus propiedades en Buesa a los Villacampa de Osán, apareciendo Sancho López de Buesa en calidad de escudero equivalente a la clase noble en estas montañas altoaragonesas, junto a su esposa Sancha

Villacampa, los cuales habitaban por aquel entonces en la villa de Yebra. En el año 1364 se donó un palacio y tierras en Osán a favor de Ximeno de San Esteban. En fecha de 1385 Fortuño Villacampa y Lop de Villacampa habitantes en Villacampa y Bescos respectivamente, ambos señores de Buesa, arrendaron dicha pardina a los hermanos Juan y Ximeno de Buesa y habitantes en la citada pardina, otorgando este protocolo el notario de las juntas de Serrablo y Guarga, Sancho Pardo. De fecha de 1394 encontramos un documento que contiene descripciones de heredades, apareciendo Pedro de Allué como rector de Osán, Sancha López de Navasa, Pedro Gil de Osán, Martín y Pedro López de Osán y Juan de Allué escudero habitante en Yebra. De la descendencia de Sancho López de Osán con Sancha Villacampa encontramos a Ximeno López de Osán que casaría con Martina Pardinilla, tras obtener en el año 1406 una dispensa del Papa Benedicto XIII, mas conocido como el Papa Luna, cuando este actuaba como legado Papal en San Juan de la Peña, monasterio o mejor dicho cuna del reino Aragonés, desde donde se emitió la citada dispensa, siendo Abad del mismo Jerónimo de Ocón, desde 1404 hasta 1410. Se conservan varios documentos de apocas y comandas de los primeros años del siglo XV algunos prácticamente ilegibles apareciendo una del año 1413 en que se nombra a Martín y Pedro López de Osán descendientes de Ximeno López de Osán, junto a Pedro Ferrer y Orosia López de Orna, siendo notario Pelegrin de Lalaguna, habitante en Biescas. En el año 1415 se establece carta pública de vendición, apareciendo Ximeno y Pedro López de Osán, Pedro Pardinilla en calidad de rector de Osán y como notario Pedro Pérez, habitante en Sardas. En el año de 1423 se otorga una comanda de Sancho López de Sarasa, habitante en Yebra a favor de Guillen Maza de Liguerre, también aparecen Jhoan Puyuelo y Pedro Fuertes, este ultimo en calidad de rector. Del año 1425 existe una apoca otorgada por el apoderado del reino sobre la contribución de los valles de Fanlo, Serrablo y Basa, que asciende a 15 florines de oro, como cobradores se nombran a Domingo Gil y Domingo Aznar, ambos de Zaragoza, al notario Eximinio del Castillo también de Zaragoza y todo ello supeditado a las ordenes de Martín Díaz, lugarteniente del honorable Jhoan López de Gurrea, caballero y consejero del rey don Alfonso, que sería el rey don Alfonso el Magnánimo que reinó entre 1416 y 1458, siendo su esposa la reina doña María de Castilla de la que no tendría descendencia. En el año 1441 se otorga documento de vendición de la pardina de Pardiniella en favor de Pedro Pardinilla, siendo este ultimo rector de Osán. En 1421 con fecha 9 de Noviembre se otorga firma de dote por Ximeno López de Osán y su esposa María Pardinilla, en favor de su hijo Martín López de Osán por 400 sueldos jaqueses, sobre los bienes muebles habidos y por haber siendo testigos Domingo de Otal y Fortuño de Allué, habitantes ambos en Sardas, lugar donde se ejecutó este protocolo por el notario García de Fuertes de Fiscal. En el año 1442 Pedro Pardinilla, clérigo del convento de los frailes menores de Jaca y rector de Osan, realizó aportaciones por las almas de sus padres a Ferrando Baguer de Jaca, para la capellania del Señor San Antón, ante el notario habitante en Jaca, Sancho de Arro. En el año de 1492 se llevó a cabo el testamento de Martina Villacampa, mujer de Pedro López de Osán. En el año de 1531 se otorgó una concordia de derechos por los palacios de Noballa, en favor de Pedro López Sánchez de Osán y su hijo Martín López Villacampa, señores de Buesa. También existe otra dispensa para contraer matrimonio, expedida en el monasterio de San Juan de la Peña, durante el abadiado de Jerónimo de Lanuza que abarcó los años de 1537 a 1549, en favor del dilecto Guirardo López de Osán y María López de Osán y Barangua, esta ultima descendiente tanto de los López de Barangua, como de los de Osán. También se conserva un extenso documento que trata de la carta de vendición de Noballa, en favor de Pedro López de Osán. La citada pardina de Noballa, situada en el valle de Basa, cuyo significado parece provenir del latín Novalis, haría referencia a nuevas tierras de cultivo, en cuanto a su historia sabemos que según el cartulario del antiguo monasterio de Fanlo, se encuentran habitando la citada pardina en el año de 1055 Sancho Gallones y Tibillito, en 1072 el rey Sancho Ramírez vende al Abad Blasco de San Genaro, una porqueriza en Noballa. En el año 1076 Sancho de Noballa, testificaba en la cesión de propiedades en Sarvisé y Oto en favor de Oria, por ultimo sabemos que entre los siglos XII y XIII el Abad Berenguer de Montearagón, cedió unos bienes del citado monasterio en favor de Bernardo y su esposa llamada María, en esta pardina de Noballa actualmente existe una borda de dos alturas

fecha en 1871. Para terminar este artículo, pasamos a enumerar la genealogía de los López de Osán y sus herederos en el señorío de Buesa y pardina de Noballa, en sus respectivos tiempos y ordenados por su aparición en los distintos protocolos y documentaciones investigadas. En primer lugar conocemos la existencia de Sancho López de Osán y su esposa Sancha Villacampa, por los documentos practicados entre 1360 y 1385, les sucedió Ximeno López de Osán casado con Martina Pardinilla, según protocolos de 1415 a 1421 y la dispensa matrimonial de 1404, de su descendencia encontramos a Martín López Pardinilla casado con Martina Sánchez, apareciendo en documentos de 1415 a 1421,



Protocolo del siglo XIII de los López de Osán. Fotografía de Alfredo López

prosигuen como descendientes Pedro López Sánchez, esposo de Martina Villacampa, según documentos de 1415 a 1540, el testamento de Martina Villacampa y una carta de paz llevada a cabo entre varios habitantes de destacada importancia en la zona de Basa, Serrablo y Caldearenas, auspiciada por don Carlos de Pomar, señor de la baronía de Javierrelatre entre los que aparece Pedro

López Sánchez de Osán, y dentro del mismo Documento Jhoan López de Javierrelatre, padre de Pedro López, Alcaide de la fortaleza de Javierrelatre y antepasado del autor de este artículo. Continuando con la descendencia de los López de Osán, encontramos a Martín López Villacampa que aparece en documentos de 1531, esposo de Catalina Sampietro y finado en 1542, por lo que Catalina casaría en segundas nupcias con su cuñado Juan López Villacampa, procreando a Pedro López Sampietro conocido por documentos de 1542 a 1550, casando este ultimo con Catalina Escartín, de los que nació Pedro López Escartín casado con Ursula Saras de la que no tendría descendencia y que casaría en segundas nupcias con Isabel Fuertes, de los que nacieron Juan López Fuertes desposado con María Grasa, los cuales tuvieron a Pedro López Grasa. El hermano de Juan, llamado Martín López Fuertes, heredaría el señorío y casaría con Orosia Estaun, apareciendo en protocolos de 1642, de estos últimos descende Juan Fco. López Estaun esposo de Catalina de Asso de los que descende Juan Fco. López Asso, que en Joshepa de Oros tuvo a Juan Fco. López Oros que estuvo casado con Maria Teresa Latrás, procreando a Martín López Latrás rector de Arto, Lorenzo López Latrás rector de Panticosa, a Sebastián, Antonio, Ramón y Blas López Latrás, de todos ellos sería Blas López Latras quien ostentaría la continuidad en el señorío, casado este último con Francisca de Bergua, procrearía al solicitante de los documentos de infanzonía y derechos de sepultura de los López de Osán, Joseph López Bergua, quien casaría con María González, en quien tendría a Rosa López González casada esta con José López Viñuales de Cortillas, procreando a María López López; de Joseph López Bergua, también descenden María Teresa López González y Ramón López González, desposado con Elena López, de quienes descende Elena López López, nacida en 1824 y finada en 1893 y Ramón López López de profesión herrero, finado en fecha de 3 de marzo de 1877, estuvo casado con Teresa Arnal de la que tuvo a Ramón López Arnal nacido en 152 y finado en 1857

y a Antonia López Arnal, que vivió entre 1856 y 1915, nuevamente casaría en segundas nupcias Ramón López López con Josefa Pueyo Aso del lugar de Espuëndolas, procreando a Andrés, Manuelina, Santos, Juana y Antonio López Pueyo, sería el hermano de Ramón López López, llamado Antonio López López, quien seguiría en el dominio de los López de Osán, casado con Rita López de Osán, teniendo a José López López, que vivió entre 1825 y 1873 y a Francisco López López, casado con María Josefa Lanaspá Ubieto de Javierrelatre, nacida en 1816 y fallecida en 1897, de los que descienden Antonia, Melchora, Dolores y Juan Fco. López Lanaspá, que nacido este último en 1856 le sorprendería su defunción durante un desplazamiento al barrio de la estación de Sabiñanigo, pasando las propiedades a su hermana Dolores, nacida en 1847 y finada en 1929, habiendo desposado esta el 14 de junio de 1876 con Pedro Capablo Lardiés, nacido en 1846 en el lugar de San Juste de Fiscal, algunos miembros del linaje de los Capablo, ostentaron escudo de armas con campo de bandas de plata y gules. Este último matrimonio adquirió la pardina de Buesa, nuevamente mediante venta pura en 1905, existe una placa en la fachada de un horno, que dice propiedad de don Pedro Capablo el cual sería Juez municipal en 1880, y procreó en Dolores López Lanaspá a: Placido, Ramón, Josefa, Carmen, Francisco, María que casó en 1908 con Manuel Antón Ara de Liguierre de Ara y a Pedro Capablo López nacido en 1883 y casado con Rita López López de Cillas, procreando a: Francisco, Germán, Victoria, Paulina, Adriana, Ángeles que casó en 1947 en Huesca con Lorenzo Pérez Buil y a Pedro Capablo López que casó con Carmen Giral Pérez nacida en 1914 en Lacort, de quienes desciende el actual propietario del casal de los López de Osán don Francisco Capablo, casado con María Carmen Sesé Margalejo. Carmen Giral Pérez casó en segundas nupcias con Francisco, hermano de Pedro Capablo López en 1941, procreando a Angel, Carlos, Pedro y María Carmen Capablo Giral.

UN DOCUMENTAL DE GRAN INTERÉS: "BOZES LEXANAS"

Este documental de Juan Miguel Gutiérrez fue el ganador del premio Espiello en la pasada edición celebrada en Sobrarbe. El 10 de mayo fue proyectado en Zaragoza en Ibercaja Zentrum a iniciativa del CEDDAR y con el respaldo de Ibercaja.

Tiene una duración de 80 minutos y se centra en el Sobrepuerto recogiendo testimonios diversos de las gentes que habitaron esa zona. Ciertamente es un buen documental y es una pena que no pueda llegar al público como se merece, ya que estos temas no interesan a los programadores y distribuidores.

EL ECO DE LA ESCUELA

Enrique Satué Oliván

Me encontraba a un tiro de piedra de las ruinas y a pocas horas de que acabara el siglo, cuando me di cuenta de que aquella sensación era ridícula frente a la grandeza que contenían las semillas del viejo tilo que, como todas las simientes y a pesar de la nieve, andaban buscándose la vida.

Las descubrí a mis pies, con sus volanderas y sus dos granos a medio enterrar, como si se tratara de un autogiro estrellado aquella misma noche, en medio del violento vendaval, en una llanura de Siberia.

Debieron de volar desde el viejo tilo que en 1923 mandó plantar doña Leonor pegado a la escuela recién estrenada. Empezarían su alocado viaje cuando a la madrugada cesó el silencio de la nevada y se despertó el aullido del viento que siempre baja después, dando dentelladas, desde los cubiles del puerto.

Me arrodillé junto a ellas, les eché el aliento para poderlas fotografiar y fue entonces cuando sentí estremecido cómo las inexorables saetas del tiempo segaban, uno tras otro, los últimos haces de la memoria de aquel arrinconado y arruinado lugar donde, por cierto, nació mi madre en el mismo año en que se plantó el tilo.

Enfoqué las semillas con los dedos entumecidos y no me fue difícil escuchar el poético sonsonete de aquella fiesta del árbol de 1923 en que lugareños y escolares, según me contó Ascensión poco antes de morir, lo plantaron. “Cuando mi madre y mi hermana repasen la ropa a los pies de este árbol, cuando mi padre se cobije a su sombra, concluida la ardua jornada, cuando... ; entonces será cuando...” Unos versos germinados durante años en su memoria que hicieron que yo me preguntara en aquel instante si no serían aquellas semillas que tenía junto a mis pies lo último que quedaba del eco de la vieja escuela y del buen hacer de aquella maestra, a la que los vecinos, por primera vez en la historia del Magisterio local, le otorgaron el título de doña.

Hasta que ella llegó sólo se puede hablar de oscuridad, porque en aquel edificio que llamaban escuela apenas se podía leer el cartelón que silabeaba la obra del Creador. Poca cosa, porque apenas había libros y, los pocos que había, se los llevaba el maestro para hacer escuela de temporada en la aldea vecina. Nimio montante, porque, mientras el Estado tuvo a los lugareños con la soga al cuello para desamortizarles los dos mejores panales del monte, los hombres tuvieron que robar ocho pinos y un haya de un bosque vecino para levantar un magro edificio que, a la vez, hiciera de fragua, leñero, cubil de las letras y nicho para los huesos del maestro.

Bien poca cosa, porque o las nevadas intimidaban a los escolanos o bien ellos levantaban su campamento en el robledal, a medio camino de la escuela vecina, expuestos a que el famélico lobo, que aún olisqueaba por aquellas laderas, se los llevara entre sus fauces para agrandar las supersticiones que aún hacían suyas, con palabras viejas, aquellos abuelos que vestían faja, calzón y sombrero de

ala ancha.

Cómo sería la situación antes de llegar doña Leonor que Conrado dice en sus humildes memorias manuscritas que aquella maestra “resucitó al pueblo, en enseñar e imponer respeto que era muy preciso y que, hasta que ella llegó, el pueblo estaba muerto en aquel aspecto”.

Por eso, a nadie debe extrañar que, en aquella aldea perdida y descarnada, donde sólo crecían trece frutales y eso gracias a que el bíblico Miguel de Pardo les “daba buena alentada”, todos aquellos abuelos, salidos de la noche más oscura, se alegraran de la claridad que se abrió cuando en 1923 se levantó la nueva escuela, se plantó junto a ella el tilo y comenzó a brillar aquel lucero del alba que era doña Leonor y que anunciaba nuevos tiempos para aquellas montañas.

Ella había nacido en otro pueblo, en uno de esos valles donde en una ladera se dice buenas tardes y, en la de enfrente, las letras se merman hasta que la cosa queda en “bona tarda”. Llegó con su familia una mañana de otoño y lo hicieron por el borde donde las hayas dan, para esas fechas, un lametazo ocre al cuenco de la aldea. Desde el alto divisaron el humo blanco de las chimeneas y les llamó la atención aquella casa nueva, de grandes ventanales que miraban hacia el sur y que no era otra cosa que la casa-escuela donde, por fin, tras muchos años de interinidad, ella, y otros tantos de vendimia en Francia, él, iban a hacer realidad un auténtico sueño familiar que, como pronto se vio, se propagaría hacia el resto de los hogares.

Conozco a doña Leonor a través de una fotografía de familia. Era gruesa, tenía poco cuello y su gesto parecía tan severo como el de aquellas mujeres intelectuales de la época que lo precisaban para ser tomadas en serio. Su aire circunspecto se fortalecía porque, además, vestía de negro y se dibujaba, al comprobar la dulzura con que apoyaba sus manos anchas en los hombros del hijo mediano y del marido. Todos iban repulidos. El esposo era el único que estaba sentado. Iba trajeado, lucía chaleco elegante y corbata. Entrecruzaba las piernas para que se viese bien el brillo de sus botas que, junto al bigote y buen porte, decían más de un profesional liberal que de un temporero casado con una maestra. No era la suya una elegancia chulesca, se veía de lejos que era un trozo de pan. La escena gotea bondad y evidencia el buen zumo de aquella mujer que demostró ser tan sensible como inteligente y que, como el tilo que mandó plantar, tenía muy bien puestos los pies en la tierra.

Al parecer, cuando encontró la paz en aquella aldea perdida, su fuerza educadora creció de tal modo que en las frías noches de invierno, a la luz del candil y leyendo los renglones del periódico La Tierra, enseñó a leer al propio marido y a aquellos mozalbetes que sabían todo del surco y del yugo, pero nada de juntar dos letras.

Como bien dice Conrado en sus memorias, aquella mujer cambió el universo de la veintena de mocosos asilvestrados que, hasta que ella llegó y se estrenó la nueva escuela, campaban a su antojo, cuando no se ocupaban de recoger espigas o cuidar ovejas.

Lo primero que hizo fue enderezar las pobres mentes de aquellos padres que no alcanzaban a comprender qué puñetas pintaban sus hijas en la escuela, si lo que les esperaba era servir o quedar preñadas.

El tilo recién plantado fue testigo en aquellos años de la nueva y soleada alegría que se sentía en clase, de los recitales, pero también, de los razonamientos encadenados que unían a la escuela con la vida, la Polar con la Osa menor y ésta, con el oscuro cielo que, de noche, cabalgaba severo sobre el puerto; la llegada de la bonanza, con el deshielo y éste, con el bramido del barranco y el quejido lastimero de las dos ruedas del molino; la muerte del hayedo, con la recogida de la hoja para llevarla a las cuadras donde haría un dadivoso estiércol y, éste, con el grano del que saldría pan para que continuase la vida en aquel rincón oculto; las telas de araña con que curaba las heridas la abuela de Casa Franco, con los hongos invisibles y la penicilina; pero, sobre todo, siempre que pasaba por

delante de la escuela mi abuelo, el que vino de milagro de Cuba, siempre se oía la misma cantinela: “Vamos a ver, mis escolanos, ¿a dónde se encamina a estas horas el señor Domingo? A apacentar el ganado doña Leonor. Muy bien. ¿y dónde estuvo el señor Domingo? En la guerra de Cuba. Bien dicho. ¿y qué se le perdió a él allí? Cosa, porque aquello yera una guerra creminal. Les he dicho mil veces que hablen a lo sano, que el lenguaje aspro, que ustedes manejan, se lo reserven para el hogar. Bien, veamos... ¿y qué comía el señor Domingo en Cuba? Cosa, nada, bel dátíl, que ye o fruto d'a palmera. Madre mía, concluía la maestra, lo que puede el océano de la tradición frente a la gota de la escuela...”

Aquella conversación se había producido hacía muchos años, pero en el mismo siglo que, unas horas más tarde, se iba a esconder como las semillas del tilo que tenía a mis pies, clavadas en la nieve.

Las fotografié y recorrí pausadamente las ruinas y los callejones de la aldea, empeñado en encontrar, entre el musgo y la soledad, alguna otra astilla del eco colegial.

Me decepcionó el recorrido. En la escuela, la lluvia había borrado las flores y los frutos exóticos pintados antes de la guerra; la tarima y los marcos de las ventanas, hacía tiempos que los excursionistas los habían quemado; y, por fin, hacía más de una década que un incendio había humillado su tejado. Fuera, por el pueblo, mientras hundía los pensamientos en los veinte centímetros de nieve, sólo encontré una suma, hecha a lápiz en la puerta de un yerbero, que juntaba las ovejas con los corderos y las borregas. Eso y las firmes iniciales de las estelas del cementerio, que junto al año y la cruz, hablaban de los últimos muertos del pueblo, “J.A. 1958, D.O. 1951, A.R, 1959...”, y cuya imagen sugería tanto la oscuridad medieval como la luz severa que introdujo la excepcional maestra.

Esa era toda la huella que, en aquel último día del año 2000, a pesar del corrosivo ácido del abandono, aún quedaba de la tiza de la escuela.

Eso en la aldea, porque en mi casa guardo notas escritas con letra de bucles amables como las semillas del tilo. Detrás de ellas aún se ve la mano cariñosa de doña Leonor que lleva sobre el papel la de mi madre. Es la letra ágil que aprendió una generación infantil para comenzar otra vida en un



Escuela de Otal. Fotografía de Enrique Satué Oliván

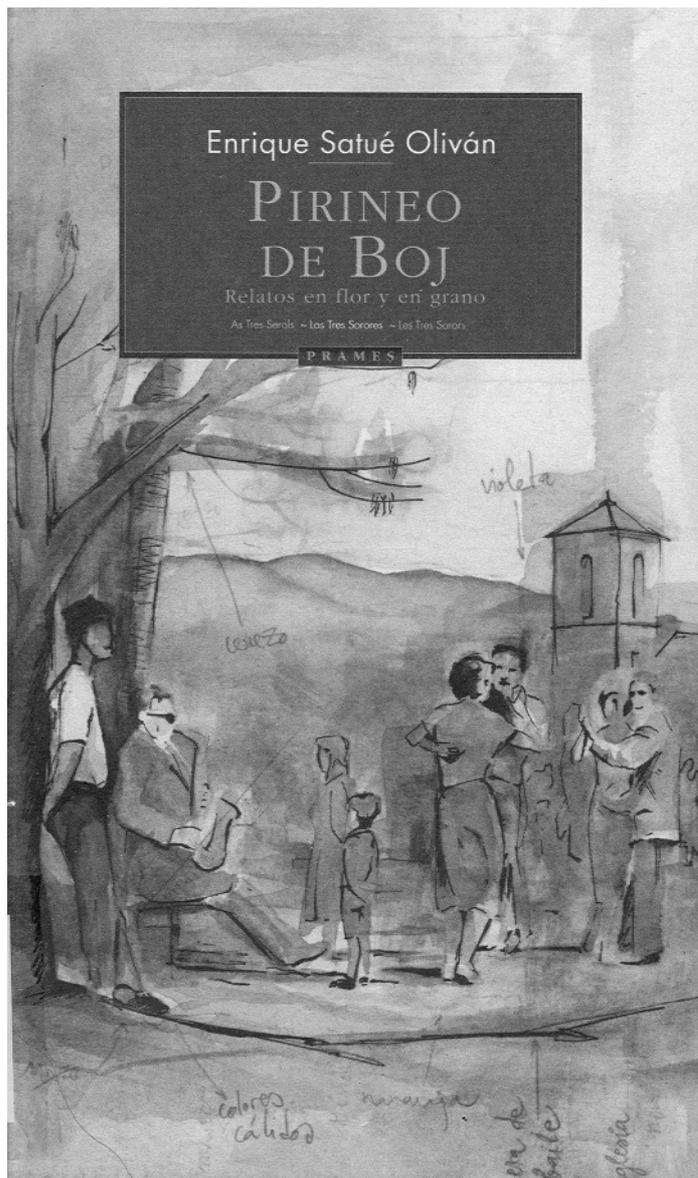
mundo que se intuye donde el hayedo ocre cierra el horizonte. Son notas que hablan de las fechas en que se pone en conserva el tomate, de la receta de aquel guiso que tanto le gustó en la boda del sobrino, del año en que se compró la televisión y se cambió el motor de la lavadora; lo de siempre, la fe notarial del quehacer humilde trasplantado al pisito de la ciudad.

El resto del eco de aquella escuela tal vez sea la preocupación con que mi madre vivió el que se me atragantaran las tablas de multiplicar, la alegría que compartimos los dos cuando abrimos mi primera enciclopedia Álvarez, su gozo cuando en catequesis me regalaron una entrada para ver la película El Álamo, aquella de David Croquet y el general Santana, su ilusión cuando mi madrina me regaló una pluma Parker y, sobre todo, su orgullo cuando me vio trabajar como maestro, sentimiento que no comparten todas las familias humildes, sobre todo las que han tenido roce, en el mundo rural, con la cruz del Magisterio.

Pero aquella tarde cenicienta y fría, en que caía el siglo y yo estaba agachado y ensimismado encima de la semillas del viejo tilo de la escuela, ignoraba que, en otra cercana tarde como aquella, mi madre iba a perder el pulso y ya no iba a hacer jamás aquella preciosa letra que, para mí, era el reflejo más preclaro de la obra de doña Leonor.

Sin embargo, aquella desgracia me mostró el auténtico eco de la vieja escuela. Lo comprobé acongojado cuando en la lista de pésames fui leyendo la firma de las personas que aún quedaban de aquella primera y última generación letrada que salió del pueblo. Emilio Azón, Rosalía Oliván, Adolfo Azón, José María Azón..., gente que, cruzado el año dos mil, aún hacía la misma letra, que dejaron la hoz para entrar en las fábricas a golpe de sirena o para abrir surcos salitrosos en los pueblos de colonización.

Por todo ello, por más que en Ainielle ya no queden en pie ni las casas ni la escuela y sólo el viejo tilo dibuje, año tras año, bucles en el cielo con sus semillas, que nadie crea que éstas son todo el legado que queda de aquella maestra que educó para dejar la aldea y forjar una nueva vida.



(Relato del libro de Enrique Satué, Pirineo de Boj, PRAMES, Zaragoza, 2005)

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

José Garcés Romeo

COLECCIÓN YALLIQ

Dos nuevos libros de esta colección editada por la Comarca Alto Gállego han salido a la luz recientemente.

El que hace el número 9 se titula *Tradición oral en Caldearenas* y es su autora Victoria Esteban. Como se dice en la contraportada, este trabajo es un retorno al pasado para fijar sobre el papel el patrimonio cultural y popular de sus gentes.

El número 10, *Caracterización lingüística de la Comarca Alto Gállego*, es obra de Chabier Lozano y trata de dar a conocer de forma amplia y detallada los elementos lingüísticos de la lengua aragonesa hablada en la comarca.

Desde “Amigos de Serrablo” nos congratulamos de que esta colección siga adelante. Todo lo que sea sumar esfuerzos es de agradecer. En esa línea debemos ir todos, puesto que la colaboración y el apoyo mutuo da buenos frutos.

Agua y cenizas. El suicidio de las olas

Dentro de la campaña de Promoción de la Lectura del Ayuntamiento de Sabiñánigo, se presentaba este libro de poemas en el Molino Periel el día 12 de abril (anteriormente se había presentado en Huesca). Es su autor Francisco Grasa Ubieto, de Javierrelatre, quien nos deleita con unos poemas preciosos que se centran en la tierra que le vio nacer. Es un libro diferente. Un libro para el sosiego y la tranquilidad.

Misión lingüística en el Alto Aragón (Jean-Joseph Saroïhandy)

Este filólogo francés es considerado como el descubridor científico del aragonés. Y es que desde finales del siglo XIX hasta su muerte en 1932 se dedicó a su estudio. Esta obra recoge los materiales, lingüísticos y etnográficos, procedentes de 135 lugares del Altoaragón, contando con la edición y estudio de Óscar Latas (con dedicatoria a Enrique Satué), que hace tiempo que está volcado con estos temas. Sin duda, una gran obra la de Saroïhandy y un buen trabajo el de Óscar.

ALTO GÁLLEGO (Rutas CAI por Aragón)

Hace un par de meses se presentaba en Sabiñánigo el número 36 de esta colección. La coordinación corresponde a José Luis Acín, quien también participa con parte del texto y fotografías. Es una buena guía que complementa las ya existentes dando a conocer todo lo que de interés ofrece esta comarca

DON JUSTO RAMÓN CASASÚS Y CASA ALBEITA DE JAVIERRELATRE

José Garcés Romeo

Este año de 2006 se conmemora el centenario de la obtención del Premio Nobel de Medicina por don Santiago Ramón y Cajal y hace cuatro años se celebró el sesquicentenario de su nacimiento, fecha en la que en “Amigos de Serrablo” nos sumamos al evento realizando varias actividades al respecto (una exposición, un libro, un grupo escultórico, etc). No obstante, ya en 1992, en el Museo de Dibujo de Larrés, se organizó una preciosa exposición bajo el título “Anatomía y Dibujo” y en la que, además, tuvimos el privilegio de poder exponer el magnífico atlas anatómico original de don Santiago gracias a la amabilidad de la Facultad de Medicina de Zaragoza (por los desvelos del profesor don José Luis Nieto). Como se ve, pues, “Amigos de Serrablo” siempre ha tenido en cuenta a esta familia originaria de Larrés.

En esta ocasión, estas pocas líneas las dedicamos a recordar la casa en la que vivió de joven en Javierrelatre el padre de don Santiago, don Justo Ramón Casasús. Esta casa se ha mantenido en pie hasta hace unos seis años. Ahora es ya una ruina total. Era un buen ejemplo de la arquitectura popular serrablesa y ha sido una lástima que se haya desmoronado porque, además, tenía ese plus de haber sido el cobijo de don Justo en su juventud cuando sirvió de mancebo y en la que le entró el gusanillo por la medicina. Es casa Albeita, que en agosto de 1992 todavía se mantenía en pie como se aprecia en las dos fotografías.



Javierrelatre, casa Albeita. Agosto, 1992.

Veamos lo que recuerda don Santiago sobre el comienzo de la vocación médica de su padre en Javierrelatre, en su libro *Mi infancia y juventud*:

“Hijo de modestos labradores de Larrés (Huesca), con hermanos mayores a los cuales, por fuero de la tierra, tocaba heredar y cultivar los campos del no muy crecido patrimonio, tuvo que abandonar desde muy niño la casa paterna, entrando a servir de mancebo a cierto cirujano de Javierre

de Latre, aldea ribereña del Gallego, no muy lejana de Ánzanigo.

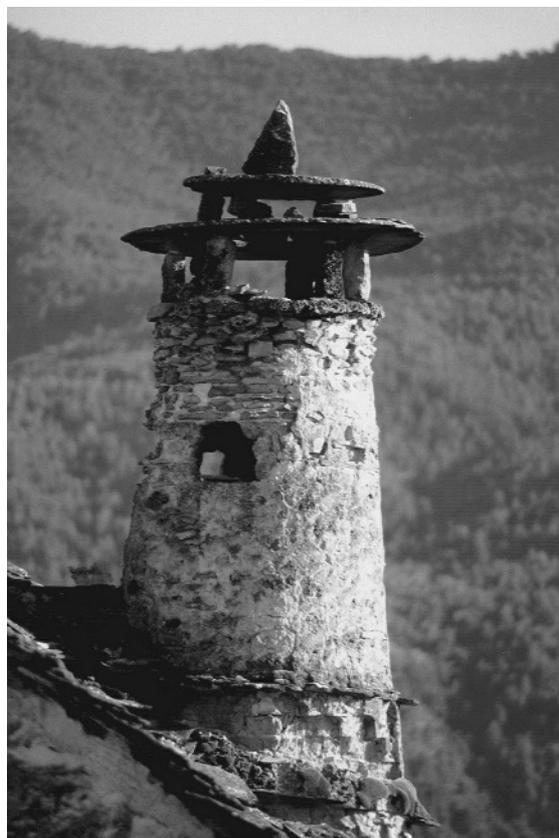
Otro que no hubiese sido el autor de mis días habría acaso considerado su carrera terminada, o hubiera tratado de obtener como ideal o remate de sus ambiciones académicas el humilde título de ministrante; pero sus aspiraciones rayaban más alto. Las brillantes curas hechas por su amo; la lectura asidua de cuantos libros de cirugía encontraba (de que había copiosa colección en la estantería del huésped); el cuidado y asistencia de los numerosos enfermos de cirugía y medicina que su patrón, conocedor de la excepcional aplicación del mancebo, le confiaba, despertaron en él vocación decidida por la carrera médica".

Esa vocación médica que le entró sirviendo de mancebo en casa Albeita la debió completar en la farmacia de casa Boticario, por suerte conservada en la actualidad pero cerrada a cal y canto al gran público. Una lástima para el propio pueblo y sus visitantes que se ven privados de admirar la casa en la que sirvió don Justo, por ruina, y la botica que completó su formación por la cerrazón de sus actuales dueños.

El niño Justo Ramón Casasús debió llegar a Javierrelatre a la edad de siete u ocho años y permaneció hasta los veintiuno. Durante todo este periodo no desaprovechó el tiempo: aprendió a leer y escribir y demostró gran interés por todo lo que hacía su amo. Continuando con el relato de don Santiago, recordamos su marcha de Javierrelatre:

"Resuelto, pues, a emanciparse de la modestia y estrechez de su situación, cierto día (frisaba ya en los veintidós años) sorprendió a su amo con la demanda de su modesta soldada. Y despidiéndose de él, y en posesión de algunas pesetas prestadas por sus parientes, emprendió a pie el viaje a Barcelona, en donde halló por fin, tras muchos días de privación y abandono (en Sarriá), cierta barbería cuyo maestro le consintió asistir a las clases y emprender la carrera de cirujano".

Ya ven, en Javierrelatre está el origen de la profesión médica de toda la familia Ramón y Cajal, en casa Albeita. Una casa que ya no podemos contemplar, pues por las razones que sean se ha venido abajo. Lástima. Esperemos, por contra, que la botica que todavía se conserva en el pueblo pueda estar accesible al público en un próximo futuro. En fin, esperemos y no desesperemos.



Javierrelatre, casa Albeita. Agosto, 1992.

EL MUSEO DE DIBUJO EN EL PALACIO DE SÁSTAGO DE ZARAGOZA

Esta primavera ha estado abierta al público la exposición “*Paisajes para después de una guerra (1936-1957). El Aragón devastado y la reconstrucción bajo el Franquismo*”. Pues bien, allí han podido contemplarse los dibujos de Juan Pons que realizó en 1940 sobre escenas cotidianas de la cárcel de Torrero. Es una colección de dibujos tamaño postal que recrean aquel penoso mundo de la posguerra y que pertenecen a nuestro Museo de Dibujo.



Reeducación carcelaria.



Últimos momentos de los condenados. Dibujo ejecutado en 1940.

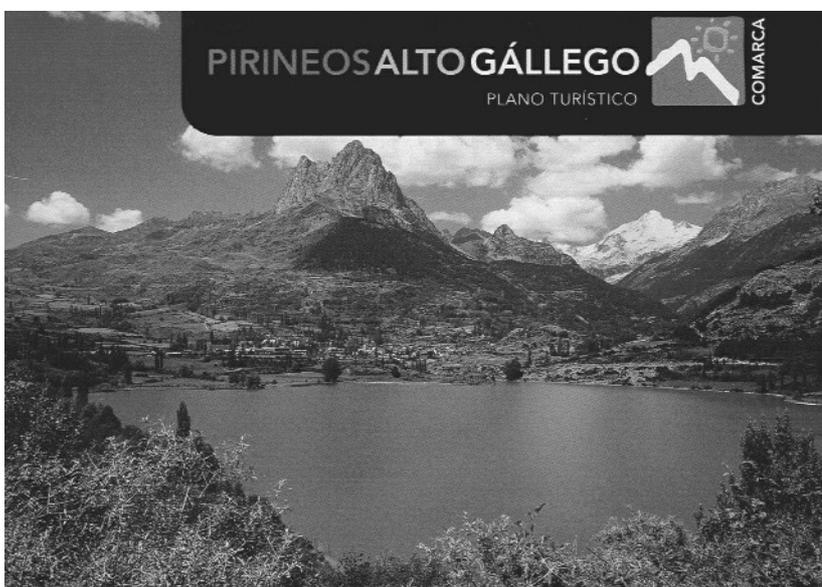
ACERCA DE UN FOLLETO: PIRINEOSALTOGÁLLEGO

Recientemente ha salido a la luz un precioso folleto editado por el Área de Turismo de la Comarca Alto Gallego, un folleto que trata de ensalzar y dar a conocer las muchas cosas que pueden ofrecerse al turista. En forma apaisada, con papel de calidad y a todo color, es un folleto muy bien presentado en el que predominan las fotos, algunas de ellas magníficas, sobre el texto. En suma, un folleto cuidado y mimado.

Ahora bien, desde nuestra Asociación tenemos algo que objetar. Eso sí, no se vea en ello oscuras intenciones. Y es que si nosotros no lo hacemos, nadie lo va a hacer por nosotros. Esa es la verdad.

En ese folleto se ponen en valor los paisajes idílicos que tenemos, el esquí, la flora, la fauna, la arquitectura, la gastronomía,... Incluso, ha habido sitio para poner imágenes de Jaca, San Juan de la Peña, Aínsa, Loarre, etc. Todo muy bien pero, a nuestro humilde parecer, se ignora casi todo lo que, de una u otra forma, tiene que ver con “Amigos de Serrablo”. Queremos pensar que no de forma consciente, pero se ignora. Y esto es objetivo y puede constatarse en el folleto mencionado. Si que es verdad que aparece una buena foto del Museo de Artes Populares de Serrablo, como debe ser. Pero de las iglesias serrablesas y del Museo de Larrés lo que presenta el folleto deja mucho que desear; de las primeras muy poco, del segundo nada.

En cuanto a las iglesias mozárabes serrablesas se insertan dos fotos pequeñas de la iglesia de Lárrede y la ermita de san Juan de Busa. Eso es todo. Llegan a ocupar escasamente media página. ¿Tan poca importancia tienen como para no poder ocupar la página entera?. Pues parece que sí, que aquí no se quieren valorar como se merecen. ¿Por qué?. Por más vueltas que le demos, no logramos entenderlo.



Pero lo que ya resulta a todas luces descorazonador es que no aparezca ni una sola imagen del Museo de Dibujo “Castillo de Larrés”. Eso ya no hay quien lo pueda comprender lo analice como lo analice. Sencillamente, INCOMPREENSIBLE. Ni foto grande, ni pequeña. Ni del exterior, ni del interior. NADA. Las gentes de fuera que conocen este Museo no lo entenderían, no lo entenderán si en sus manos cae este folleto. Nosotros, los amigos serrableses, por más vueltas que le demos al asunto tampoco lo entendemos.

Desde “Amigos de Serrablo” hemos sido siempre prudentes, pero quizá debamos levantar la voz de vez en cuando para poner las cosas en su sitio. Y es que ver estas cicaterías en tu propia tierra duele. Podríamos haber optado por el silencio pero los asociados que han visto, que hemos visto, el folleto no podemos por menos que manifestar nuestra extrañeza por como se tratan estas cuestiones. Ah, y a pesar de todo, concedemos el beneficio de la duda: ha podido ser un despiste, UN DESPISTE MUY GORDO.

La rabosa y el lobo

Contado por Fernando OTAL
Recogido por Santiago BORRA

Un día se juntaron, en el Ordial de Ramón de Espierre, una rabosa (1) Y un lobo llegando hasta una balsa que había en el monte. Era ya de noche y le dice la rabosa al lobo: ¡Mira que queso nos vamos a zampar, primero nos beberemos el agua y después el queso!. Empezaron a beber agua, pero la rabosa hacía como que bebía aunque no tragaba ni una gota. Mientras, el lobo no paraba de beber hasta que le dijo a la rabosa: ¡Chiqueta, ya no puedo más! La rabosa le contesta: “Espera que te pongo un torrullo (2) en el culo para que no se te salga el agua”. Al rato, cuando ya acabaron de beberse el agua desapareció el queso. La rabosa le dice al lobo: “¡Ves, era la luna!”.

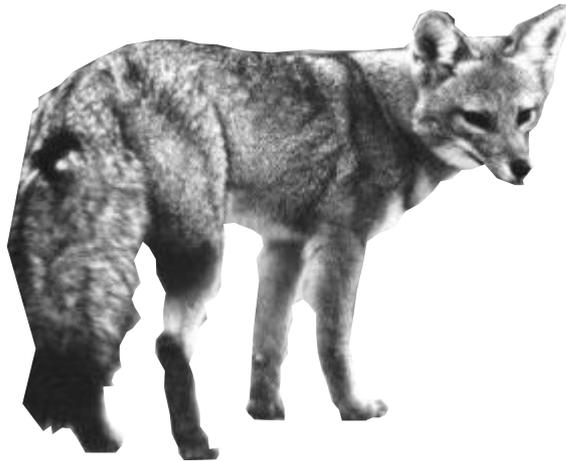
Después bajaron hasta Barbenuta, por el camino de la Retona, y cuando iban a saltar la pared de la era de Ferrero, se le soltó el torrullo al lobo desparramando el agua por la pallada de trillar que habían tendido los de la casa. A continuación, la rabosa fue a la puerta de casa Ferrero diciendo: “Los de Ferrero, ni paja en el pajar, ni grano en el granero”. Se asoma un zagal por la ventana asombrado: “Abuelo, que se va la pallada por Aventodos”. Rápidamente, tres hombres de la casa fueron a perseguir al lobo, uno con un foricón (3) de masar, otro con un esgarrabazas (4) y otro con una horca de hierro, propinándole al lobo una buena somanta.

Mientras sucedía esto, la rabosa se subió a la cocina de casa Ferrero donde se les comió la tortilla que tenían preparada para almorzar, salvo un trozo que se colocó en la frente. Rápidamente, se fue por el campo y la era de Basilio a esperar al lobo en las Fondanellas. Enseguida vio la rabosa que venía el lobo por Trasnuquera de Gaitero, medio estricallau (5), manteniendo ambos este diálogo: “¿qué te ha pasado?,... Mira, que me han dado una gran panadera (6)... ¿Y de eso te quejas? A mí me han sacado los sesos (señalándose el trozo de trotilla que llevaba en la frente)”.



Después de estas aventuras, se subieron por el camino de las Lungueras y llegaron hasta Sanchús, se sentaron a descansar un poco en un margüeño (7) y se encontraron una olla de miel. Le dice la rabosa al lobo: “Vamos a descansar un rato, nos echaremos un sueño y después nos comeremos la miel”. El lobo se durmió enseguida, roncando que parecía que tronaba. Entretanto, la rabosa se comió la miel y le untó al lobo el culo con un ajo. Al despertarse el lobo se disponen a comerse la

miel... pero había desaparecido. Se establece una discusión entre ambos, hasta que la rabosa sentencia: “Al que le huelo el culo a ajo, aquel se la ha comido”. Ni que decir tiene que, a pesar de la extrañeza del lobo, la prueba era contundente: a él le olía el culo a ajo, luego él se la había comido. Prosiguiendo su caminata bajaron por el pinar de Orós y llegaron a casa Puértolas. Empezaba a anochecer y todavía no habían encerrado las gallinas. Le dice la rabosa al lobo: “Espérame, que voy a ver si puedo coger una gallina para cenar”. Aquellas gallinas armaron un gran estrapalucio (8), saliendo un criado a cerrar la gatera del gallinero y quedándose la rabosa con las gallinas dentro. El criado la emprendió con la rabosa pegándole con una tranca, y sus gritos los oía el lobo aunque conforme pasaba el tiempo esos gritos iban a menos... Cansado de esperar y como la rabosa no salía se dijo: “A esta ya la han estozolau (9)”. Así, se fue de Orós hacia el pinar de Gavín y ya nunca más se supo de aquel lobo.



- (1) Zorra
- (2) Un torrullo es un pequeño tarugo de madera
- (3) Palo largo al que se ponía la escopallera y que se empleaba para limpiar el horno en el que se hacía el pan
- (4) Pértiga con un gancho de hierro para romper o cortar zarzas
- (5) Destrozado, reventado
- (6) Paliza, tunda
- (7) A modo de grandes paretones o amontonamientos de piedras que separan los campos
- (8) Jaleo, desorden, bullicio
- (9) Matado

(*) Este relato es el primero de una selección de cuentos y dichos que irán apareciendo en nuestra revista y que se centran en la zona de Barbenuta y alrededores. Han sido contados por Fernando Otal de casa Pascual de Barbenuta y recogidos por Santiago Borra, natural de Esposa pero residente en Sabiñánigo hace muchos años. Los dos son grandes amantes de la tradición oral y han tenido la amabilidad de ofrecerlos para su publicación en esta revista.

Hemos de advertir, eso sí, que no se ha realizado la transcripción del lenguaje coloquial. Podíamos haber optado por ello pero creemos que el resultado no hubiera sido acertado porque muchos de nuestros asociados, de fuera de la comarca, no lo hubieran entendido. Además, en cualquier caso, siempre está a su disposición la versión original para las personas que así lo manifestasen.

Día Internacional de los Museos: Conferencia de Fernando Alvira

Dentro del marco del Día Internacional de los Museos, que este año se celebraba a través del Museo de Dibujo de Larrés. Fernando Alvira pronunció la conferencia “Los dibujantes Felix Lafuente y Martín Coronas”.

El marco donde se desarrolló fue el Molino Periel y asistió un número significativo de personas interesadas por el mundo del arte y los museos.

Presentó el acto Enrique Satué, haciendo una mención especial a Julio Gavín, a su obra y a su esfuerzo, gracias al cual Sabiñánigo podía hablar de museos en plural y celebrar, año tras año, actos culturales como éste.

Seguidamente fue presentado Fernando Alvira, profesor de Dibujo en la Facultad de Educación de Huesca, decano de la misma, presidente del Instituto de Estudios Altoaragoneses y colaborador asiduo de la asociación Amigos de Serrablo.

A continuación, a través de un perfecto montaje audiovisual, el profesor Fernando Alvira desarrolló la conferencia de un modo muy didáctico, hecho que se producía en base al gran conocimiento que tiene de estos dos artistas oscenses que vivieron a caballo entre el siglo XIX y XX.

Para estudiar la vida y las obras de ambos, Fernando ha tenido que recurrir a pinacotecas públicas y colecciones privadas, archivos y publicaciones.

De este modo, a través del trazo del escenógrafo Felix Lafuente y del jesuita Martín Coronas, los asistentes pudieron recorrer el singular camino de dos artistas locales que han trascendido al captar tanto el alma del paisaje como la del ser humano.

Finalmente, el público asistente agradeció al profesor Fernando Alvira el rigor y la amabilidad demostrada.



DIA DE LOS MUSEOS EN EL CASTILLO DE LARRÉS

El Día Internacional de los Museos se celebró en El Museo de Dibujo Castillo de Larrés con la inauguración de dos exposiciones, que de algún modo ilustran el panorama actual del dibujo en España: Las obras de Isabel Guerra, exponente del hiperrealismo contemporáneo; y los “Dibujos de una vida” de Fernando Alvira Banzo. Ambos artistas coetáneos, nos muestran en las salas del museo como observan y describen su experiencia vital a través del Dibujo y nos enseñan discretamente el laborioso desarrollo de la técnica a través de los años.

Cabe resaltar además la intensa vinculación tanto de Fernando Alvira, como de Isabel Guerra, con el Museo desde su creación en 1986; sus donaciones están entre las primeras obras con las que se inauguró.

Fue José Ramón Campo, en representación de Amigos de Serrablo, el encargado de inaugurar las exposiciones junto al Alcalde-Presidente de Sabiñánigo Carlos Iglesias Estaún. Tras la inauguración, el artista Fernando Alvira hizo una leve presentación de su obra, y aludió así mismo a la de su coetánea Isabel Guerra, que no pudo asistir al acto.

El mismo día, tras la inauguración de las citadas exposiciones, La Real Academia de Bellas Artes de San Luis celebró en las dependencias del Museo la clausura del curso académico 2005-2006, con ocasión del vigésimo aniversario del Museo de Dibujo, y en reconocimiento a la trayectoria histórica de la Asociación “Amigos de Serrablo”.

La *Laudatio* del acto corrió a cargo del Ilmo. Señor Don Juan Antonio Cremades Sanz-Pastor, académico numerario delegado en la ciudad de Barbastro. A este acto acudió nuestro presidente Julio Gavín Moya, el Presidente alcalde del Ayuntamiento de Sabiñánigo, una representación de los académicos de San Luis, y miembros de “Amigos de Serrablo”.



FUNERAL DE JULIO GAVIN, NUESTRO PRESIDENTE

José Garcés Romeo

El pasado 13 de junio era enterrado Julio. La misa funeral por su eterno descanso se celebró en la parroquia de Cristo Rey de Sabiñánigo que se quedó pequeñísima para poder acoger a todos los que asistieron a esta despedida.

Todos sus hijos, nietos, su cuñada y demás familiares próximos; sus muchas amistades; gente de la cultura con la que él se relacionó; en fin, Sabiñánigo y comarca, así como otras gentes de sitios diversos estuvieron presentes allí. Los que no pudieron llegar mostraron su condolencia por otros medios. Todos quisieron testimoniar su pesar. No faltaron las autoridades, muchas, encabezadas por el Presidente del Gobierno de Aragón, don Marcelino Iglesias, y la consejera de Educación y Cultura, doña Eva Almunia. Por su puesto, toda la corporación municipal de Sabiñánigo con su Alcalde, don Carlos Iglesias, así como los alcaldes de la comarca y de la vecina ciudad de Jaca; el presidente de la DPH, el subdelegado del Gobierno en Huesca, etc, etc,... Ni que decir tiene, ahí estábamos todos sus “amigos serrableses”, quienes después de su familia, éramos los más afectados. Y gente anónima, mucha gente, que sentía de verdad su pérdida.

La Misa fue oficiada por cinco sacerdotes, los dos de la parroquia (Miguel Domec y Carlos Jarne) y tres procedentes del Obispado (Jesús Lizalde, Miguel Antonio Lafuente y José Arcas). Destacamos la homilía pronunciada por Mosén Miguel, una homilía que llegó al corazón de todos los presentes y llena de emotividad y sentimiento, así como las palabras de Mosén Jesús Lizalde, en representación del Obispado, pronunciadas al final de la Misa. A los cinco sacerdotes expresamos las gracias.

Tras la misa funeral, los restos mortales de Julio fueron conducidos al cementerio de la ciudad para ser enterrados junto a su esposa Ramona.

Desde estas páginas reiteramos nuestro más sentido pésame a toda su familia, especialmente a sus hijos y nietos. Para ellos ha sido una gran pérdida, pero les queda el consuelo de su muerte digna y en paz. Además, deben saber que aunque Julio ya no esté con nosotros, aquí en “Amigos de Serrablo” tienen su otra familia para siempre.

Julio, descansa en paz junto a tu esposa Ramona y tus otros seres queridos que nos dejaron ya hace un tiempo como tu hermano, tu primo Javier, don Antonio, ... Descansa en paz. En “Amigos de Serrablo” serás siempre recordado, serás siempre la luz que nos guíe.

